

SUCEDIÓ EN UN CALABOZO DEL CABILDO, EL 19 DE FEBRERO DE 1868

El Presidente Berro, muerto de un balazo en la cabeza

Guido Berro Oribe¹

¹ El Dr Guido Berro Oribe escribió este artículo en marzo de 1960 para el diario *El Debate*.

Introducción

Don Bernardo Prudencio Berro fue electo quinto presidente constitucional de la República Oriental del Uruguay el 1° de marzo de 1860. El mismo día prestó juramento y se recibió del mandó. En conmemoración de tales hechos, el actual Gobierno de la República, al cumplirse exactamente cien años de dicho acontecimiento e interpretando los sentimientos de su pueblo todo, se apresta a realizar y propiciar los condignos actos celebratorios. El Sr. Consejero Haedo usó de la palabra en el seno del Honorable Consejo Nacional en ese sentido, anunciando el propósito, proponiendo la designación de una Comisión Especial encargada de confeccionar un amplio programa y exaltando los atributos y exaltando los atributos excelsos de la personalidad del homenajeado, con la galanura, emotividad y ajuste con que sabe discurrir fácilmente. No era esta iniciativa justiciera de la Mayoría de extrañar, particularmente para quienes tengan aún presente el magnífico discurso del Presidente Echegoyen al asumir su cargo el último 1.° de marzo, por el que terminaba colocando su futura gestión y la de su Partido, de nuevo en el Gobierno, bajo los Hospicios de la memoria del gran presidente blanco.

El día antes, cuando una comisión legislativa fue hasta su chacra del Manga a comunicarle que estaba decidida su elección, lo halló a Berro labrando la tierra con su arado criollo (de los que él mismo construía) ayudado por dos de sus hijos.

Al asumir la presidencia, Berro se vio obligado a contraer un préstamo por \$3000 en el Banco Mauá, para adquisición de muebles y arreglo de su nuevo domicilio en Montevideo.

Transcurrido el término de su mandato constitucional, cuando pudo prevalerse de las circunstancias extraordinarias por que atravesaba el país y los defectos de forma de la elección del presidente del Senado, el 1° de marzo de 1864 trasmitió el mando a don Atanasio Aguirre y *“se resignó al retiro de la vida privada, sacrificando sus deseos y sus esperanzas de triunfo sobre todas las adversidades que se habían complotado contra la República”*(Aureliano G. Berro, Bernardo P. Berro -Vida pública y privada, p.12).

“Al volver a la chacra, ilusionado con la reconstrucción imposible de la heredad antes riente y ubérrima, a la que deberá exigir el sustento para una familia numerosa, encuentra aquella obra de sus afanes de un cuarto de siglo convertida en un cismo, porque las inclemencias de los tiempos y las inclemencias de los hombres han malogrado sus cosechas, y abatido sus bosques, y

arruinado su hogar. Allí plantea una y otra empresa para sobrevivir a las necesidades más apremiantes, y en todas fracasa, mientras algunos seres queridos se le anticipan en el viaje definitivo. Recuerda entretanto sus deberes para con la patria, se comunica con sus viejos y sus nuevos amigos, que le confían la dirección del último esfuerzo contra la doble iniquidad nacional e internacional sobre la que basa una situación intolerable, y el postrer fracaso, el único que a él le importaba culmina sangrientamente la serie, diseñando en el horizonte nuevas y más tremendas luchas por el reinado de la libertad y la justicia proscriptas (Ibidem, p. 26).

Por otra parte, en 1864, al terminar su gobierno, todavía Berro no había podido cancelar totalmente su pequeña deuda de 1860.

Antecedentes

La exacta comprensión de los sucesos trágicos del 19 de febrero de 1868, por lo que atañe a Berro, requeriría una exposición más o menos detallada de las principales aristas de su atrayente personalidad a través de las múltiples etapas de su existencia fecunda, sus ideas y hechos, además de la determinación precisa del momento histórico, que integra aquella fecha, extremos ambos imposibles de ser abordados en un artículo de esta índole.

Sin embargo, no será inconveniente intentar un boceto breve sobre dichos dos aspectos, subjetivo y objetivo.

Quien desee interiorizarse de dichos presupuestos para conseguir una cabal comprensión de los hechos, puede remitirse a la obra y escritos de nuestro padre, principal biógrafo e historiador del período, a las valiosas obras y artículos especiales del Prof. Pivel Devoto, y a la notable evocación que de Berro hiciera en 1953, con motivo del sesquicentenario de su nacimiento, el Dr. Rebella, nobilísimo amigo, cuya vida vimos apagarse injustamente hace poco más de un año.

La Personalidad

Soldado de la Independencia en 1825, con las fuerzas de Oribe; funcionario del Gobierno patriota, poco después; hombre de campo, más tarde; poeta aficionado a la música y al canto, por el mismo período; de actuación heroica en Carpintería, alistado en el bando de Oribe, al que adhirió, no por impulso pasional, sino motivado en sus principios de respeto a la ley y oposición a los caudillos; legislador brillante y autor de la Proclama de la Asamblea General contra la nueva revolución de Rivera, en 1837; periodista, ideólogo, ensayista; Juez de Primera Instancia en lo Civil y Criminal, miembro del Superior Tribunal de Apelaciones

(equivalente a nuestra Suprema Corte de Justicia), legislador nuevamente y Ministro de Gobierno, todos cargos desempeñados en el Cerrito hasta la finalización de la Guerra Grande; Presidente del Senado y, en tal carácter, interino de la República varias veces; Ministro y Ministro Universal, durante la presidencia de Giró; Senador otra vez bajo el Gobierno de Pereira; y finalmente, Presidente de la República, Berro fue más que todo eso (que incluye su obra de gobernante ejemplar), un pensador y filósofo político sin parangón. Por la elevación de sus ideas; por su principismo a ultranza; por su inteligencia razonadora poco común; por la finalidad que perseguía; por sus sentimientos de justicia y amor al prójimo; por la estricta fidelidad de su conducta pública y privada a los principios elaborados por su poderosa razón; por su valentía, su intrepidez y su coraje cuando se trataba de defender la Moral, el Derecho o su Patria; por su pobreza y su sencillez republicanas.

Su ideal político era el sistema representativo republicano, pero sobre bases racionales y lógicas, que suponían en nuestro caso la recreación del Estado desde sus cimientos, por el fomento de la actividad, la ilustración y la moralidad del pueblo, y, de otro lado, por la paz interior (de la que solo estaría permitido apartar se en casos extremos de tiranía insoportable), y la alianza entre la Campaña y Montevideo para consolidar la Nación.

Mientras la mayoría de los reformadores como él estaban imbuidos de las ideas francesas, Berro era convencido devoto de la corriente angloamericana, conocida y estudiada a través de la célebre obra de Tocqueville.

“Yo reverencio, aplaudo y envidio al modesto, sencillez y poco literato congreso de Norteamérica, y miro con cariño al ilustrado, científico, brillante y esplendoroso Parlamento de Francia. En aquel no hay grandes talentos, hay medianías, pero bien intencionadas y juiciosas. Allí, se oye hablar mucho del pueblo y poco de las personas; aquí las personas hacen todo el papel, todo se lo toman para sí y nada dejan para el pueblo”.

“Mi ídolo —apunta en otro pasaje— es el mediano Washington, cultivando su heredad, no el sobresaliente, ni el gigante Napoleón o su mono Bolívar, cosechando pasiones y admiraciones y robando al pueblo, con su libertad, su majestad y su gloria, para atribuirse y atraer a sí todo. La República Bolivia, el Código Napoleón... son nombres que me repugnan hasta irritarme”.

Razonador clásico, cuyos actos de voluntad se determinaban por silogismos, en el dilema de quedarse solo o de transigir renunciando a sus principios, optó siempre por lo primero. Su razón era para él compañía suficiente. De ahí, la inestabilidad de sus Ministerios y de su propio gobierno ante las presiones de Mitre y Urquiza y del

Brasil, frente a quienes adoptó, como correspondía, una estricta neutralidad. La fuerza de convicción que le dieron sus sólidos razonamientos lo hizo actuar decididamente, sin vacilaciones y con energía. Sus soluciones fueron las de un pensador, que muchas veces no coincidían con las que hubiera adoptado un político.

“Berro—dice Rebella— legó a la posteridad un ejemplo y un pensamiento: un ejemplo de probidad, de valor cívico, de acatamiento a los dictados de la razón y de respeto a las normas legales; un pensamiento profundo que, al enfocar la reforma del Estado desde el extremo de la formación de los ciudadanos, aportó al estudio de nuestros problemas una base esencial que aún sigue siendo la más importante hoy”.

Larrañaga, su tío y maestro, antes; y Varela, su discípulo y sobrino, después, no permanecieron ajenos a esta.

El momento histórico

Al promediar 1867, todo era presagio de revolución: guerra en el Paraguay, malestar económico y financiero, millares de proscriptos deambulando por la Mesopotamia argentina y, aquí (donde habían de celebrarse elecciones a fin de año que asegurarían a Flores la presidencia constitucional), grandes infortunios colectivos e individuales creados por la dictadura.

En la oposición estaban comprometidos tanto blancos como colorados, independientemente.

Beltrán y los Menmayer, colorados, complotaron en la Mina, pero fueron descubiertos. Se proponían hacer volar la Casa de Gobierno, con Flores y cuantos se encontraran en ella para el 1º/7/867.

El Cnel. Fortunato Flores, hijo del dictador, sublevó, poco después, también sin éxito, el Batallón Libertad que comandaba contra su padre.

Los blancos estaban convencidos de que les negarían los derechos comiciales. Hubo muchas reuniones, que se celebraban, sobre todo, en casa de un escribano, en la calle San José. Berro aparecía como el jefe del movimiento. No se colocó, él, al frente. Lo fueron a buscar para que lo hiciera. A su pedido, algunas colaboraciones fueron rechazadas en atención a las personas; otras por las ideas. Finalmente, aceptadas sus condiciones, se decidió, pero bien precisando, entre otras cosas, que se buscaría derribar la dictadura con el menor derramamiento de sangre posible y

seguridades especiales para la persona de Flores, precediéndose, de inmediato, a llamar a elecciones libres.

“Los blancos, jóvenes —escribió entonces— levantándose hoy para impedir que la obra de la anarquía y del caudillaje triunfe y se asegure, aparecerían como los soldados del Derecho y de la Libertad de la Patria, y cumpliendo con el deber sagrado de restituirle su soberanía y sus instituciones. Y si a esto se agrega la contemplación de la presión que ejercen sobre la República los poderes extraños arrastrándola a servir intereses que de ningún modo le pertenecen, el movimiento del Partido Blanco se presentaría, además, como un movimiento emancipador y eminentemente oriental”.

Y al redactar el plan (*“sorpresas combinadas, tanto aquí como en campaña”* con minuciosidad de detalles propios de su temperamento) y fijar el día 15/2/868 para su ejecución, expresaba, por lo que interesa en cuanto a la persona de Flores:

“apoderándose de la situación y del general Flores con garantías para su vida, en el momento de la entrega del Poder al presidente del Senado que resulte electo...”.

Por el mismo estaba previsto que Berro, desde una de las ventanas del Cabildo, en el momento preciso, daría la señal.

En la campaña, el principal foco de la conspiración era Paysandú. De Fuentes, Bernardo G. Berro y otros se reunían en la farmacia de Abel Legar y estaban en contacto con Don Bernardo (del que recibían instrucciones) y con los generales Anacleto Medina y Timoteo Aparicio, comprometidos como jefes militares del movimiento.

El 10/2/868, Aparicio fracasó al atacar Salto. Lo que restó fuerza y prestigio a la revolución que se gestaba, y alentó al Gobierno.

Llegado el 15, ya prevenidos, se dio orden a las tropas, reforzadas, de no poner las armas en pabellón. Dos extensas filas de soldados, en vez de una, con bayonetas caladas, velaban atentamente por la normalidad de la ceremonia y la seguridad de Flores y principales personajes de la situación. El golpe abortó momentáneamente. Berro en el lugar de los hechos, por sí mismo y bajo su responsabilidad, decidió postergarlo y no dio la señal convenida.

Por la noche, en la casa de la calle San José, fue ardientemente discutido el punto. Berro sostuvo que en esas condiciones hubieran sido dominados y que habría sido una cruel carnicería; que no dio la orden nada más que por evitar un

derramamiento inútil de sangre; pero que no desistía de sus propósitos de revolución. Se produjo, al cabo, una importante escisión. Fue entonces que Berro volvió a insistir, con energía:

“Daré la revolución con los que me acompañen”.

Los Sucesos del día 19

*“Concentrar en un día toda una revolución dentro del recinto montevideano, tomar la sede de la Presidencia y dominar cuarteles, en el mismo día reconquistados, y perder la vida dos expresidentes y hombres culminantes en sus respectivos bandos, todo ello es un hacinamiento de sucesos que no tiene término de comparación en ningún otro día de la historia Patria ”(Leonel Aguirre, en Nota a 15 Artículos de Aureliano G. Berro, sobre lo acontecido ese día, publicados en *El País* entre el 9/2 y el 3/3/921).*

Berro, después del 15, se había asilado en la Legación del Perú. El Ministro peruano, don Benigno Vigil, era casado con una parienta de Don Bernardo, de su mismo apellido, y la casa estaba ubicada en Treinta y Tres y Cerrito.

Del 16 al 18, habíanse repasado los planes y dispuesto una serie de medidas en previsión de un fracaso, lo que delata que, en razón de lo sucedido días atrás y probables nuevas defecciones, existía algún temor respecto del éxito del golpe. Así, por ejemplo, la contratación de un lanchero que condujera, en su caso, a Berro, desde el Templo Inglés hasta una fragata española “*La Blanca*”, comandada por el Almirante Miguel Lobo, amigo suyo, al que pediría asilo, y anclada no lejos de la costa.

Al margen de los movimientos sincronizados previstos para la Campaña (de los que solo prosperó, en principio, el de San José) estaban dispuestas operaciones simultáneas en el departamento de la Capital, siendo las principales la toma de “*El Fuerte*” o Casa de Gobierno, la de “*La Aguada*”, la toma del fuerte “*San José*” y la operación en la zona de la Unión y Carrasco, sin contar la ocupación del Cuartel de Dragones.

En La Aguada las fuerzas revolucionarias del Mayor León Mendoza fueron derrotadas por las gubernistas.

Los revolucionarios de la Unión y Carrasco no entraron en acción a la espera de un chasque, conforme a lo convenido, que murió antes de cumplir su misión.

El fuerte San José, ubicado en Las Piedras junto al mar, ni fue atacado. El Cnel. Justino Jiménez de Aréchaga, a cargo del golpe, desistió de hacerlo porque no se le proporcionó el número de hombres necesarios para intentar tamaña empresa contra fuerzas regulares muy superiores.

En cambio, el ataque a la Casa de Gobierno fue realizado y con pleno éxito inicial.

“*El Fuerte*” ocupaba el sitio en que actualmente está emplazada la plaza Zabala. Había sido construido en 1768 por los españoles. Después de más de un siglo de servir de sede a los Gobiernos coloniales y patrios, fue demolido, en época de Latorre. Albergaba, además, al Tribunal Superior de Justicia, a los Ministerios, etc.

Hacia “*El Fuerte*” se dirigió el grupo principal de los revolucionarios. La toma se había planeado para las 4 de la tarde. Media hora antes, Berro salió de la casa de Vigil, en carruaje, acompañado por Temístocles Bustamante, el Mayor Adolfo Areta y el Alférez Manuel V. Díaz. En Rincón y Misiones, los esperaban el Cnel. Julio Arrúe y el Mayor Juan M. Novoa, dirigiéndose todos al café de “*El Fuerte*”, situado en frente de la Casa de Gobierno.

De allí, engrosado el grupo con numerosos ciudadanos blancos (entre los que cabe citar al Sr. Martín Aguirre, que a duras penas salvó su vida) revólver en mano, intimaron rendición a los guardias del portón principal, y penetraron. Arrué mató a un centinela que se resistió. Berro llegó hasta el despacho presidencial, al tiempo que huían, precipitadamente, por los fondos, don Pedro Várela (presidente del Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo) y sus Ministros, Héctor Várela y José Cándido Bustamante. Se dirigían al Cabildo, para organizar, desde allí, la resistencia.

En esas circunstancias, los revolucionarios, dominando “*El Fuerte*”, quedaron a la espera del Cnel. Senén Freire y sus fuerzas, destinados a tomar el cuartel próximo, el de Dragones (Sarandí, Buenos Aires, Patagones y Guaraní), su batallón “al mando del Mayor Olave, el mismo batallón que comandara el Cnel. Fortunato Flores hasta poco antes, con el nombre de “*Libertad*”. El éxito en este caso se descontaba, porque las mejores fuerzas revolucionarias eran las de Freire y porque había en el cuartel cierto número de soldados paraguayos complotados. Esta

operación, por otra parte, era directamente complementaria de la toma de “*El Fuerte*”.

Sin embargo, el Cnel. Freire, después de dominar, estuvo remiso. El Mayor Olave, que no había sido detenido, se enfrentó al jefe revolucionario y le hundió su espada en el pecho, dándole muerte.

A partir de entonces, el vuelco fue total. El batallón se rehízo y salió para el Cabildo. Simultáneamente, un grupo gubernista, que había llegado hasta el lugar, se arma, y presididos por Robido se dirige a la reconquista de la Casa de Gobierno, donde ya había llegado la noticia del fracaso de Freire y su gente.

Desde “*El Fuerte*” estas fuerzas contrarias fueron vistas venir por la calle Washington en su dirección, abriendo fuego. La situación era insostenible y Berro dispuso, al tiempo que caían varios de sus compañeros, abandonar la Casa de Gobierno.

El ex Presidente recorrió acompañado, y luego solo, varias calles del centro. El hombre de la lancha faltó a la cita.

Por último, fue aprehendido y llevado al Cabildo. Dos centinelas lo condujeron a un calabozo. Allí se sentó en un banco. Al poco rato, y a través de las rejas, se le disparó el tiro de pistola que le hirió mortal mente en la cabeza.

La versión detallada (y verídica, según nuestro padre) de los momentos vividos por Don Bernardo, desde su huida de “*El Fuerte* hasta el instante de su asesinato, está contenida en la siguiente carta de don (Carlos Bustamante a su hermano Manuel, ambos sobrinos de la esposa del ex Presidente e hijos de don Manuel Basilio Bustamante:

“Manuel: nuestro querido tío fue sacrificado de un modo horrible. Después de comprender que su situación era difícil en el Fuerte, se retiró seguido por Temístocles hasta la calle Misiones, sin armas en la mano, no como dice el Dr. Héctor en su manifiesto.

Temístocles se separó en la esquina de Reconquista y entró en la de Bonifacio, mientras que tío Bernardo, pasando por el Templo Inglés y tomando después para arriba otra vez, golpeó en la de Pedro Berro, nadie le abrió. Siguió y tomó la calle de las Cámaras. Vino hasta la esquina de Buenos Aires y viró para la plaza. En ese momento, daban vivas a Bustamante las fuerzas allí reunidas. Estuvo así, parado, unos diez minutos. Un vasco Ignacio se acercó con otro y le dijo al compañero para sacarlo a tío Bernardo de la distracción en que estaba: ‘Ahí, dan vivas y muera; es la gente del gobierno que está ahí en la plaza’. En ese momento, dio vuelta tío

Bernardo, saludó y tomó como para Reconquista, siguiendo siempre por Cámaras; pero al darse vuelta, se encontró con policía. Hubiera seguido sin ser notado, pues iba muy sereno; pero Lasota pasaba corriendo por la plaza y convidó a los Carrillo, que estaban en la puerta de la calle, para que lo acompañasen. Entonces, estos dijeron a Lasota: ‘Berro acaba de dar vuelta la esquina; iba para afuera, por Reconquista’. Lasota avisó a Mayobre, quien lo prendió y lo trajo por Cámaras. Entonces tío Bernardo se sacó el sombrero. Entró sereno al Cabildo. Allí en la puerta fue atropellado. Eduardo Flores le tiró una puñalada por debajo del brazo de Bustamante, y Héctor Varela le pidió los papeles que los entregó. Machín le pegó el balazo. Tu hermano Carlos”.

Esa noche sucumbieron centenares de blancos. Se dio de baja en el escalafón militar a todos los jefes y oficiales del Partido Blanco. Entre aquellos —a pesar de que visto por Berro se había negado a participar en el movimiento porque estaba convencido de que fracasaría y no intervino—, fue acribillado a tiros y bayonetazos, en la Comisaría de Órdenes, su amigo y protegido, el Comisario de la 1ª Sección, don Avelino Barbot.

A las 6 de la tarde, el cadáver de Berro, así como el de Barbot, fueron sacados de la cárcel del Cabildo y puestos, sin ataúd y sin envolturas, en el carro fúnebre del Hospital. La portezuela del vehículo se había dejado abierta, pendiendo hacia afuera la cabeza y un brazo de la víctima, para que los espectadores se cercioraran de que iba allí el cuerpo del ilustre ciudadano. Guiaba un tal Pedro García y, al lado del carro, marchaba, a caballo, el Capitán Isabelino Márquez. Ambos, en el tránsito por 18 de Julio y en las paradas que se hacían ex profeso en cada bocacalle, gritaban: “*va Berro, el asesino del Gral. Flores!*”.

Cuando el sol alcanzaba su ocaso, la macabra marcha llegó a su destino: el cementerio Central. Don Eloy García, inspector de cementerios, recibió la orden (que no osó desobedecer) de enterrar a Berro y a Barbot en la zanja grande que se había construido en el tercer cuerpo para depositar los cadáveres de los coléricos. Los cuerpos fueron arrojados al pavimento y, de ahí, a la zanja, tal como venían.

En tanto, don Venancio Flores, asesinado también ese día en circunstancias en que se dirigía por Rincón a “*El Fuerte*” en carruaje, armado, acompañado por amigos ya en conocimiento de que aquél había sido copado por los revolucionarios, semanas después recibía sepultura bajo la bóveda de la Capilla del Santísimo, en la Catedral, donde descansa de sus campañas de luces y sombras.

Antonio H. Conte, historiador colorado; el Dr. Julio Herrera y Obes, que junto con José Ellauri, Mariano Ferreira, el Dr. José Pedro Ramírez y otros políticos

prominentes de dicho partido ofrecieron de inmediato sus servicios al Gobierno; y muchos más, oficialistas o no, intervinientes y testigos, sostuvieron que Berro, como director del movimiento, estaba exento de responsabilidad por la muerte de Flores.

Este juicio aparece corroborado por el estudio de las ideas políticas del personaje y por las constancias expresas de los planes trazados y comentados por Berro, ya referidos.

Además —relata el Prof. Pivel Devoto— que Don Bernardo, que llegó al Cabildo acompañado por José Cándido Bustamante,

“Al pasar por la Comisaría de Órdenes, don Pedro Varela, que allí se encontraba, le dijo: ‘¿Qué ha hecho, don Bernardo?’ que ignoraba aún la muerte de Flores, le contestó: ‘Es cierto que yo me lancé a la revolución para reconquistar los derechos de mi partido; en cuanto a la vida de Flores, está tan garantizada como la mía’. Varela, por toda contestación, le mostró entonces el cadáver de Flores, que se hallaba cubierto por una bandolera. Berro levantando los brazos exclamó: ‘¡Piedad, señor, piedad!’ (Historia de los Partidos, t. II, p.23).

“Pero ha triunfado ante la posteridad el ilustre patricio. La estela dejada por el paso de su vida privada y pública, desde la campaña de nuestra independencia hasta su sacrificio por los ideales de su partido, que son los ideales de su patria, ha servido de guía a muchos millares de orientales en las borrascas que subsiguieron a su muerte y en todas las etapas de la acción democrática...” (A.G. Berro, ob.cit., p.26).

Y cumplió con los principios políticos y morales escritos en su Catecismo del “perfecto puritano” que deseaba formar en el país, concebido como un ciudadano que:

“ama a su Patria y a sus conciudadanos como un hijo a su madre, como un hermano a sus hermanos, sin excluir de este amor a los que pertenezcan a diferente partido u opinión “mantiene siempre el alma limpia de todo odio y de toda afición apasionada, conservándola constantemente elevada, en la más sublime región de la imparcialidad”; “respeta todas las opiniones, sin dejar de estar asido fuertemente a la suya “adora la verdad donde quiera que la encuentra y detesta la mentira y el engaño, por más engalanado que se le presenten “renuncia solemnemente a toda idea de lucro o de adelanto propio, en las cosas públicas”, “ninguna clase de trabajos y sinsabores son poderosos para apartarlo de los principios que ha adoptado y de la tarea que se ha impuesto “jamás toma parte voluntaria en la guerra civil, ni se mancha con una sola gota de sangre de sus hermanos ”; “respeta y obedece los gobiernos establecidos, pero sin ayudar jamás a sus iniquidades”; “finalmente, con la oliva de la paz en la mano y el código de

sus deberes sobre su cabeza, marcha por un sendero de luz en busca de la felicidad de su Patria”.